

**Dios te salve, María, llena eres de dolores.
Jesús crucificado está contigo;
digna eres de ser llorada y compadecida entre todas las
mujeres;
y digno es de ser llorado Jesús,
fruto bendito de tu vientre.**

**Santa María, Madre del crucificado,
da lágrimas a nosotros, crucificadores de tu Hijo,
ahora y en la hora de nuestra muerte.**

Amen.

(Avemaría Dolorosa)

Como cada día, Dios se asoma al cerro de S. Cristóbal mientras Vélez se viste de “Nazarena”: las paredes se cubren de blanca cal, claveles y geranios enrojecen como finos bordados sus estrechas calles, las estrellas de plata iluminan las capas y capirotos de los penitentes, la cera va alfombrando poco a poco el adoquinado de la calle de Las Monjas, los palios bordados hacen que el cielo sea aun más cielo...

Y vio Dios que, todo aquello, nacido de sus manos y retocado por los veleños, era bueno. A partir de entonces, a esos siete días en los que se iba a pasar de la oscuridad a la Luz, de la muerte a la Vida, la sabiduría popular les llamó “Semana Santa”, Semana grabada a fuego en los corazones cofrades que palpitan bajo las túnicas, las capas o los tronos, corazones que se aceleran cuando piensan que ya está cerca el momento de mecer suavemente a sus Imágenes.

¡No os aceleréis horquilleros! Aún falta que se den los toques de campana del Domingo de Ramos y entonces..., entonces...!SI! ¡Que se desborden ríos de penitentes y cera, de incienso, de saetas, de mantillas, de cornetas y tambores, de algodón dulce...! y, sobre todo, de oraciones:

-Bienaventurados los que luchan por la Paz, llevando la blanca túnica del Cristo de Medinaceli, el sudario de la Virgen de las Angustias o el resplandor inigualable de Cristo Resucitado.

-Bienaventurados los Humildes de corazón, los que son Sentenciados de manera injusta o los que dudan de Dios Padre, sudando gotas de sangre porque ellos nunca se verán Desamparados.

-Bienaventurados los perseguidos porque bajo el manto de la Esperanza van a ver mitigados su Dolor y Amargura.

-Bienaventurados los que lloran, porque en Ti, Cristo del Amor, de los Vigías o de la Columna encontraran un suave Rocío de Piedad que consolará sus Penas.

-Bienaventurados los que quieren ayudar a llevar la pesada carga de Jesús, Pobre, Rico o Caído, porque os veréis recompensados como Sta. Maria Magdalena.

-Bienaventurada seas, en fin, Vélez entera porque Cristo y su Madre viven en nosotros, visitan nuestras casas, bendicen a nuestros hijos; y por eso, yo aquí y ahora proclamo desde lo más profundo de mi corazón: **“¡Todo está preparado para que vivamos de manera apasionante y apasionada nuestra Semana Santa!”**

De justicia es, antes de continuar, agradecer profundamente las palabras de Manolo Martín, mi presentador.

Con unas reflexiones breves, pero hermosas, has sabido describir a este pregonero: un hombre enamorado de su tierra y sus tradiciones: Semana Santa, Rocío, Feria...La convivencia en esos momentos tan íntimos y especiales ha hecho nacer y cimentar esa solida amistad que nos une y que estoy convencido perdurará durante muchos años.

A lo largo de la noche voy a pedir vuestro permiso para tomar determinadas decisiones. En lo que respecta al saludo protocolario va a ser la primera, porque quiero reducirlo a tres palabras: “Cofrades, Hermanos y Amigos” ya que en ellas estamos todos representados. Y como cofrades, hermanos y amigos que somos, os voy a confiar un secreto:

¡Yo he querido desde hace tiempo ser pregonero de nuestra Semana Santa! No me avergüenza confesarlo.

Muchas veces me he preguntado por qué: vanidad personal o amor hacia algo, soberbia o emoción ante algo... No sé si debo arrepentirme por ello o alegrarme, pero el hecho cierto es que este deseo va a condicionar todo lo que se diga aquí y ahora, porque, queridos cofrades, llevo años “Jugando a ser Pregonero” y os aseguro que es un juego hermoso donde los haya, ya que en momentos de soledad o de dudas, me ha permitido confiar al papel todo aquello que año tras año la Semana Santa ha ido sedimentando en mi corazón.

Todo comenzó, como un desahogo personal, como una necesidad íntima de soltar lastre y rabia contenida.

Os explico: el viernes anterior había sido Viernes Santo. La lluvia hizo acto de presencia, y mi corazón y mi alma se desmonoraron: no sabía, no podía o no quería entender lo que estaba ocurriendo; ¿por qué...? -me preguntaba una y otra vez- y...., no fui capaz de encontrar la respuesta. Posiblemente mis lágrimas mojaron más las calles de Vélez que la lluvia que a la postre cayó.

Al día siguiente, al igual que a un niño al que le han quitado un juguete, no quise ir a bajar a mi Virgen del trono para dejarla de nuevo en su Capilla. ¡Estúpido de mí le echaba la culpa a Ella!

Luego, y para que no se me olvidara nunca, quise dejar escrito que me comporté como un gran egoísta.

Semanas más tarde me senté de nuevo ante el ordenador y me dije: “¿Por qué no descargas esa ira contenida y, a modo de penitencia, manifiestas lo que sientes? ¿Por qué no juegas a ser pregonero de la Semana Santa de Vélez?”

Así lo hice.

Sin embargo..., ¿dónde podía encontrar, lejos en el tiempo de las Imágenes, del incienso, y las “peladillas”, la inspiración para poder plasmar ese íntimo deseo?

De soslayo volví la cabeza y me topé con una foto de mi Patrona, de nuestra Patrona, la Stma. Virgen de los Remedios Coronada y entonces me aferré a Ella: “¡Madre, guía esta mano temblorosa como reina y protectora de los veleños, haz que a través de mi garganta pueda un día dar a conocer la intensidad que rezuman esos siete días mágicos e irrepetibles en nuestro pueblo! ¡En definitiva, pon en mi boca las palabras justas para pregonar nuestra Semana Santa!”

Ella me hizo un guiño cómplice, como al mayordomo de las bodas de Cana, y me susurró: “¡NACHO, ADELANTE!”

Pero ¿cómo empiezo? ¿Donde os llevo para poder ver y sentir a Cristo, si yo soy el primero que en un mundo tan injusto como el de hoy no lo tengo claro? ¿Dónde estabas Dios mío cuando ante el dolor, la injusticia o la enfermedad te he necesitado?

Durante algún tiempo tuve profundas dudas de fe que me alejaron de Ti. Entonces dejé de escribir, porque este pregonero se había quedado vacío y no tenía nada que pregonar.

Sin embargo, ordenando papeles en las estanterías de mi despacho, cayó en mis manos un poema de Antonio Machado que dice así:

**Señor, me cansa la vida,
tengo la garganta ronca
de gritar sobre los mares.**

**Señor, me cansa la vida,
y el universo me ahoga.
Señor, me dejaste solo,
solo con el mar a solas.**

**O tú y yo jugando estamos
al escondite, Señor,
o la voz con que te llamo no es tu voz.**

**Por todas partes te busco
sin encontrarte jamás.
Y, sin embargo, en todas partes te encuentro
sólo con irte a buscar.**

Lo tenía delante de mis ojos y no lo veía.: “Estas, Dios mío, en todas partes. Sólo tenía que molestarme en irte a buscar”.

Fijaos, en la vida como en la Semana Santa, creo que tenemos dos opciones: sentarse y verlas venir o caminar y buscar. Durante algunos años, como os decía, opté por la primera y me quedé vacío y casi solo.

Por ello, os propongo que caminéis conmigo; seguro que es más cansado pero infinitamente más hermoso porque..., vamos a buscar nada más y nada menos que la belleza del instante, de la esquina, del silencio, de las sombras, del aroma de lo fugaz.

Es un camino que para unos comienza en El “barrio”, para otras en la Plaza de S. Francisco o en la de S. Juan, o en el Paseo Nuevo... ¡que más da!

Pero eso sí, lo vamos a hacer despacito, sin preocuparnos del tiempo, deteniéndonos una y mil veces en el **ayer y en el hoy**, para así poder sentir las emociones de todo un pueblo, que durante unos días las trasmite orgullosamente por sus calles.

Además os anticipo que este va a ser un pregón anárquico: tenemos por delante una semana llena de emociones, de momentos inolvidables. Y llevo días preguntándome: ¿Por qué las emociones de Martes Santo antes que las del Jueves o las del Domingo de Resurrección? ¿Por qué no dejarlo a la inspiración y soledad del pregonero en su escritorio? Así es, como después de pensarlo mil veces, os contaré la Semana Santa de Vélez, vista y sentida por este Pregonero.

El destino lo ha querido así. Es el momento de compartir con vosotros esas vivencias acumuladas durante años. Voy a poner en vuestros oídos lo que a borbotones ha salido de mi corazón, o lo que es lo mismo, voy a entregaros mi alma cofrade.

Y mi alma cofrade lo primero que quiere deciros es que juguéis también a ser pregoneros. Os puedo asegurar que cualquiera de vosotros puede serlo, porque allá donde vais transmitís amor, entrega y sentimiento hacia esta celebración. Estar aquí en el atril es pura anécdota. Los verdaderos pregones de la Semana Santa de Vélez están en la calle. Oídmelo bien:

-Cuando una gota de cera se convierte en una lágrima que recorre la vela de un penitente, eso en Vélez es un pregón.

-Cuando una mantilla acompaña vestida de luto a Cristo o a la Virgen, eso en Vélez es un pregón.

-Cuando un horquillero mece lentamente a su Imagen, sin importarle el cansancio, eso en Vélez es un pregón.

-Y, en fin, cuando la fe de un pueblo se palpa en una anónima “manda”, eso, queridos amigos, es el pregón con mayúsculas y no el que yo pueda decir aquí y ahora.

Por eso, como decía monseñor Amigo Vallejo: “Si cuando se trata de Dios el pregón es el Evangelio, cuando se trata de la Semana Santa, el auténtico pregón está en la calle”. En esta caso en las inigualables calles de Vélez.

Por lo pronto caigo en la cuenta de que esta historia cargada de dolor, de mucho dolor, se abre con un hermoso paréntesis de alegría, de mucha alegría.

Venid conmigo a la iglesia de Las Claras. Ahí está el motivo: la Pollinica. Desde que tengo uso de razón te recuerdo en tu capilla ya que todos los domingos iba a misa de diez y contaba uno a uno los que faltaban para el más esperado por los niños: el Domingo de Ramos, día de ilusión, colorido y olor a ropa nueva donde los hubiera, porque ya sabéis: “El que no estrena el Domingo de Ramos, se le caen la manos”.

Por la mañana, la bendición de palmas y olivos; por la tarde un bullicio expectante llenaba las calles de Vélez: los primeros penitentes, las primeras peladillas, las primeras rozaduras por los zapatos nuevos y un enjambre de niños, con faraona rosa o sin ella, alrededor de Ti. ¡Ya estabas y sigues estando en la calle! Es el momento en el que Vélez manifiesta con blanco júbilo que se empieza a cumplir lo que estaba escrito en las Sagradas Escrituras: la entrada de Jesús en Jerusalén que, inevitablemente, ponía en marcha tu Pasión y Muerte.

Aunque este niño que iba a Las Claras ya se ha hecho mayor, otros muchos sueñan como él poder sentarse en tus rodillas y pasear contigo a lomos del pollino por las calles de nuestro pueblo.

Padre Jesús de la Pollinica:

caminas hacia tu pasión con el rostro sereno.

No tienes que mostrar dolor ni sufrimiento.

Que el dolor no se presume, se calla y se vive en silencio.

Por eso, antes de ser prendido, azotado y crucificado,

fuiste, Jesús Triunfante, en una Pollinica aclamado.

(Jesús A. Barea)

Mientras, María, pasea por Vélez, mostrando con el interminable batir de las olas su alegre Rocío marinero y su blanca espuma que rompe en el “rebalae” de la playa de Torre del Mar. Milagrosamente sus salpicaduras llenan de suaves copos de nieve la cercana sierra, como si de

su manto se tratase. Entonces la Maroma se despereza, baja presurosa para ponerse a tus pies y ante tal belleza exclama:

¡Mira qué cara la suya!
¡Mira qué manos de ángel!
¡Mira qué novia bonita
bajada de los altares!
¡Horquillero del Rocío,
mécela como tú sabes!

Jesús de la Pollinica, mírame a los ojos y tranquiliza el corazón de aquel niño hoy convertido en pregonero: “¿Es verdad que no voy a volver a verte más en la Iglesia de Las Claras? ¿Puede ser posible que tu templo, el templo de tantas generaciones de veleños cierre sus puertas para siempre?” ¡No me contestes todavía, prefiero mantener la incertidumbre. Pero quiero que sepas que desde aquí pido a las instituciones, cofrades y pueblo de Vélez que hagamos todo lo humanamente posible para que eso no ocurra; y que Tú puedas seguir saliendo, entrando y estando triunfante en tu Jerusalén particular, y ese en Vélez no es otro que la Iglesia de Las Claras!

Las noticias que nos llegan de este injusto mundo no son buenas, y en nuestra Semana Santa se grita contra esa situación. Vamos a comprobarlo:

Un hermoso farol de negra forja suavemente ilumina, desde la antigua cárcel de Vélez, uno de los torreones y parte de la muralla que antaño defendían los barrios más antiguos de la ciudad. Justo al lado, hay un mosaico configurado por numerosas piezas. Leemos el texto y resulta que se colocó allí para conmemorar el V Centenario de la batalla de la Axarquía. ¿Coincidencia o algo más?

Batalla, torreón, muralla, cárcel.... En definitiva, violencia.

Vuelvo lentamente la cabeza y a la altura de la fuente de Fernando VI veo el contrapunto a estas palabras porque majestuosa avanza la Virgen de la Paz.

La calle se estrecha hasta quedarse en un suspiro: Cornisas y balcones quieren cerrarte el paso, pero Tú, ni puedes ni quieres quedarte ahí: llevas un mensaje que tiene que llegar más lejos.

Un enérgico toque de campana del jefe de trono advierte que hay que parar. Murmullos y silencios se suceden en los minutos siguientes. La luz, que reverbera desde el tren de velas con más fuerza por la estrechez de la calle, nos permite ver con toda nitidez tu rostro, ¡humano donde los haya!

¡Tienes que pasar por donde parece imposible que lo hagas, igual que la Paz, y llegar a todos los rincones de este mundo machacado por las guerras!

Tus horquilleros se afanan en la tarea, la maniobra es difícil pero lentamente, de manera casi milagrosa, consigues abrirte paso y tu trono se mece ya por la calle de Las Tiendas abajo.

¡Tomad nota todos los que tenéis algo que decir sobre la sangrante situación de muchos países: Ella ha pasado por donde parecía imposible! Pues a vosotros:

¡Si la injusticia, la violencia y la pobreza os indignan, entonces tendremos la seguridad de que la Paz llegará!

¡Nunca tres letras han conformado una palabra tan hermosa como la que llevas por nombre, **PAZ!**

Pero de nada sirvió este mensaje porque a Tu Hijo, el Hijo de Dios lo crucificaron simplemente por pedir que “amémos al prójimo como a nosotros mismos”.

Fue una tarde aciaga de Viernes Santo. Temprano se abren las puertas de la Iglesia de S. Juan y aparece el Cristo Crucificado de los Vigías.

Ya no puedes caminar porque tras el castigo al que te han sometido, has muerto y por eso son tus horquilleros los que te llevan, con un silencio, respeto y cariño que a todos nos impresiona.

Pero ¿sabes?, cuando sales del templo yo todavía no te veo muerto..., nos tienes muchas cosas que decir a lo largo del recorrido por las calles veleñas. Nos tienes que decir siete frases, siete palabras que generación tras generación han conmovido a creyentes y no creyentes porque sólo de la boca de alguien que no es humano pudieron salir.

Voy tras de Ti en el cortejo y en la plaza de la muralla te oigo susurrar:

“Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”. Perdón, siempre perdón en tu boca.

Poco más abajo hablas por segunda vez: **“De verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso”**. Me sobresalto porque volvemos a estar a la altura de lo que en tiempos ya afortunadamente olvidados fue la “cárcel”. A Ti te crucificaron entre malhechores y sigues perdonando.

Cuando ya enfilamos la calle “Coroná”, te acuerdas de María, tu Madre, y de la gente que te quiere, en especial de S. Juan, el discípulo amado, y con voz suave, cálida y envolvente dices: **“Mujer, he ahí a tu Hijo, Hijo, he ahí a tu Madre”**. Sabes que María, la del Mayor Dolor sufre y no quieres dejarla sola. Ahora es el amor el que rezuma de tu costado.

En la plaza de S. Juan de Dios casi gritas mirando al hospital: **“Dios mío, ¿por que me has abandonado?”** Estos ancianos afortunadamente no lo están, pero te acuerdas poco antes de morir de los que por, desgracia, viven en la soledad.

El recorrido se hace lento, vas muy cansado y al llegar a la plaza de los Reyes Católicos, oyes el tintineo del agua en la fuente: **“Tengo sed”**. Hoy no te vas a encontrar con una esponja de hiel y vinagre, sino con agua fresca en abundancia que todos queremos llevarte.

Llegando al Paseo Nuevo, comprendo que el final está cerca porque te oigo decir: **“Todo está cumplido”**. En efecto, has hecho lo que se te había encomendado.

Por fin, estamos de nuevo en la puerta de S. Juan y, con voz poderosa, sacando fuerzas de flaquezas, pronuncias tus últimas palabras: **“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”**. Decididamente has entregado la vida.

Entonces echo mi imaginación a volar y lo veo: Tu Madre, la del Mayor Dolor se acerca a ti, besa tus pies, se acurruca bajo el madero, descansa porque sabe que ya descansas y espera para bajarte y llevarte al sepulcro, y sobre todo, espera la Resurrección. ¡Bello sueño del que no le gustaría despertar!

Mayor Dolor me llaman
porque te veo clavado en la Cruz.
Pero en la oscuridad del templo
a alguien he oído susurrar
que dentro de muy poquito
mi dolor podré mitigar,
ya que con orgullo y entereza
por Vélez te voy a acompañar.

Pero para llegar hasta aquí Jesús, has tenido que recorrer un camino largo, que tu Madre va rememorando en ese sueño intranquilo.

Así ocurrió cuando caíste abatido por el peso de la Cruz. En Vélez, a esa calle de la Amargura la llamamos “Coroná”. Es larga e interminable...., pero íntima y silenciosa...., donde las luces y sombras, los sonidos de las saetas y el paso acompasado de la horquillería nos va anunciando que Cristo, después de caer por dos veces, está a punto de hacerlo una tercera, y esa caída, porque todo un barrio lo ha querido así, se va a producir en la Plaza de S. Juan de Dios, justo donde los viajeros llegaban tras atravesar la entrada norte de este pueblo, entrada, que como todas, estaba jalonada por una Cruz y, a continuación, por un “pilar” de cuyo caño manaba agua para saciar la sed del recién llegado.

El Jueves Santo debéis ingeniárosla para estar allí en torno a las doce de la noche.

Cristo va a caer por tercera vez. Pero, en este caso, tendrá dos “Cirineos” muy especiales. El primero, la gente de su barrio: unos acudirán al “Pilar” para llevarle agua, otros le enjugarán con paños el sudor y la sangre que cubre su rostro y, en fin, otros terminarán apartando esa pesada

cruz, que le ahoga por el peso de nuestros pecados.... Gentes del barrio del Pilar, pilar de vida, ¡benditos seáis por hacer que cada año sea para Jesús más liviana su pesada carga!

Yo te admiro, Señor, en tu caída,
y te admiro, Señor, porque en el suelo,
has sabido caer mirando al cielo
buscando a tu Madre dolorida.

Yo admiro ,Señor, tu noble frente,
que en el dolor se levanta altiva,
porque eres la imagen viva
¡del Cristo de Vélez en su Tercera Caída!

Dos Cirineos decía hace un momento. ¿Cuál es el otro?: Su Madre, la de la Amargura.

Fijaos en este detalle: es la única Dolorosa del Jueves Santo que no llora...curiosa circunstancia. Miles de veces me he preguntado por qué y miles de veces no he encontrado respuesta. Pero este año pasado, estando junto a Ti en la plaza del Hospital, creo que lo he entendido: no lloras porque sabes que Tu Hijo, aunque caído, está cuidado y mimado por sus horquilleros y por su barrio; y no lloras porque bien sabes que, ante los ancianos y enfermos, que tienes ante Ti, no puedes derramar ni una lágrima ya que solo esperan el cariño, la entrega y la bondad que sabes darle.

No llores, Amargura, trágate las lágrimas, que ellos te lo agradecen desde lo más profundo de su alma, porque como diría alguno desde ese blanco balcón del Hospital:

No soy arado sin uso.
No soy puerta que se cierra.
No soy un cuerpo vencido.
Soy ternura y soy cariño...
Soy solamente un anciano que en una ocasión...fue
niño.

Y ante esta plegaria, Tú, Amargura, no puedes llorar. Haces lo que mejor sabes hacer: utilizar la primera parte de tu nombre: **AMAR**.

Amar es un verbo que procede de la palabra “Amor” y para encontrarlo a raudales veníos conmigo a otro “barrio” de Vélez.

Creo que la vida no se mide por el número de veces que respiramos, sino por los momentos que nos hacen contener la respiración. Desde que nací... ¡que pocos momentos me han llegado al alma para contenerla!

Yo tenía cuarenta y tres años. Unos inquietos jóvenes de Vélez habían sacado adelante, con enorme fe, cariño y trabajo una Cofradía que por primera vez iba a salir “extramuros” del casco antiguo de la ciudad.

Nada más y nada menos que del “Barrio”, en Martes Santo y además a las seis de la tarde. Reto que parecía insalvable.

Han pasado ya quince desde entonces y ahí sigue, viva, pujante comprometida con todo lo que suene a solidaridad, ayuda y entrega a los necesitados. Su parroquia, la de S. José, en ese día tan especial de la Semana Santa es la Catedral de Vélez porque allí, y no sé muy bien cómo, cabemos todos.

Cerca de esta imagen, a la que todavía y adrede no he puesto nombre, me han ocurrido dos de esos momentos que marcan una vida, porque te cortan la respiración: fueron durante el último y el tercero de sus desfiles procesionales.

Año 2007..., la Parroquia de S. José recién inaugurada, el gentío agolpándose en la calle, los nervios a flor de piel esperando que apareciese por la puerta un condenado a muerte. El lento y pesado mecerse que se intuye por el chirrido de las suelas de los zapatos de los horquilleros suena dentro del templo. Por fin, llegó la hora: a las puertas se asoma el Señor en persona. La soberana realeza de su divinidad queda oculta bajo la piel sangrante del hombre azotado, coronado de espinas, amoratado por la tortura, con las manos atadas y una caña, dejada caer a modo de cetro sobre ellas. ¡Cuánto sufrimiento sale por la misma puerta; ¡qué compendio de pasión!

Él pasea su mirada sobre los presentes, que quedamos mudos durante un momento eterno. Y entonces se oyó fuerte, profunda esa tremenda frase que conmovió los cimientos de la historia: **“¡He aquí al Hombre!”** ¡Ahora sí, el Ecce Homo sale de **“SU CASA”** y ya pasea por Vélez! Ante tanta emoción mi cuerpo no quiso ni respirar.

Hace doce años fue en otro lugar pero el mismo sentimiento.

La noche ya había caído y, como los cofrades solemos hacer, buscaba ese lugar íntimo, especial. El azar me llevó a la curva en la que el Paseo Nuevo se une con la, entonces, recién abierta calle Sevilla. Detrás, una pequeña fuente; delante, unos naranjos que se abrían a la primavera; y alrededor silencio y oscuridad.

Una música suave y lejana llegaba a mis oídos, el fuego de un pebetero asomaba ya por la esquina de La Carrera y, ante tanta belleza, cerré los ojos. Un segundo, un minuto, una eternidad; no lo se, pero cuando los abrí noté tu cálida mirada sobre mí. Por fin te tenía cerca: El Ecce Homo y yo frente a frente, y no podía salir de mi asombro ante lo que era un sentimiento que desbordaba mis cinco sentidos, por la serenidad de un rostro como el suyo.

Con un seco toque de campana la imponente horquillería lo bajó. Le recé, lloré y me acordé de las palabras de S. Juan: **“En Él estaba la Vida y la Vida era Luz de los hombres”**.

El cortejo siguió su marcha, me giré, miré tus espaldas marcadas por el látigo y te dije en voz alta: **“Ecce Homo, Tú me has marcado para siempre”**.

El Ecce-Homo y su madre del Amor ya están de vuelta en su templo.

Pero no podemos detenernos, puesto que ahora tenemos que ir al “barrio” que es la cuna y esencia de nuestro pueblo: la Villa.

Allí el Martes Santo, cuando el sol se desploma por el oeste de la Axarquía dejándonos ver, desde el mirador de Benamocarra ese regalo divino que es el de la vega de nuestro río, vemos salir desde la Iglesia de Sta. María un Cristo. Baja sobre humilde trono de traslado por la calle Real. Va con las manos atadas, impotente ante una decisión que ya sabe está tomada de antemano: sentenciado a muerte.

Al día siguiente, vemos que la decisión es una cruel realidad porque ante el miedo del gobernador y la súplica de perdón de su esposa, el escribano pronuncia las palabras definitivas: “Muerte en la Cruz”.

No sabes muy bien por qué pero esa “Sentencia” va recorriendo las calles silenciosas, aunque repletas de todos los que no hemos, sabido, querido o podido, seguramente por miedo, reaccionar ante tanta injusticia.

Sin embargo en la calle de las monjas, a la altura del convento de las Clarisas que te acogieron durante años, y desde las celosías de las ventanas, oigo que sale un mensaje que me hiela el alma por su valentía:

“Cristo Stmo. de la Sentencia, Señor de la mirada bondadosa, tú que sufriste el oprobio de la más vil condena, no permitas que ninguno de nosotros, por cobardía o comodidad nos lavemos nunca las manos ante la injusticia social, que no demos como Pilatos la espalda a tu Verdad, porque...Pilatos siempre habrá pero que no seamos sayones o fariseos sino amigos de los necesitados o, lo que es lo mismo, hijos de ti, Señor de la Sentencia, porque tu rostro divino y cercano nos trasmite la auténtica bondad”.

Y ante la valentía de estas mujeres:

Lloró el Hijo del hombre.
Dios mismo sintió fatiga

Y lloraron las saetas
entre balcones y esquinas.
Y lloraron los naranjos
del patio de Las Clarisas.

Y lloraron tus horquilleros
al ver tanta injusticia.
Y el aire lloró en silencio
en esta noche tan íntima.

Y al verte sufrir, Señor,
lloraba de amor:
¡Todo el barrio de La Villa!

He crecido junto a ella, ya que vivía en la calle Fina y todos los días la visitaba, para ser sincero no por devoción sino por obligación. Os explico: mi abuela Asunción, mujer buena y sabia, vivía en la casa de al lado de la farmacia de Bustamante. La única manera de sus trece nietos fuésemos a verla era que si íbamos nos daba “tres perras gordas” que inmediatamente gastábamos en chucherías en el kiosco del “vecinico”.

Salía con mi cartucho de “pipicas”, levantaba la vista hacia el Camarín, te miraba, me decía para mis adentros: “mecachis” ¡qué guapa eres....! pero las “Angustias es mejor”; y salía corriendo por las escalerillas abajo hasta llegar al escalón de la tienda de mi padre, donde acababa con el cartucho.

Madre mía de la Piedad, ¡qué hermosa es la candidez de los niños!

Pero como hemos sido vecinos muchos años y nos conocemos bien, quiero decirte que esa noche, la del Jueves Santo, me gusta verte precisamente allí, junto al Camarín.

Te vuelves para mirar hacia tu casa, vacía en ese momento de Ti, pero llena con el corazón de todos los presentes y, cuando atrona la noche con su palpitante, desbocado ante la visión de tanta belleza, pedimos con silencio sonoro que éste, tu barrio, vuelva a ser lo que fue, que los niños vuelvan a corretear por esas calles, tirándose con los carrillos de “cojinetes” por la escalerilla Fina, siempre con el temor de que llegara un guardia; que se puedan volver a abrir sus tiendas para dar vida de nuevo a unas calles que en otro tiempo fueron la vida de Vélez, siempre con la complicidad de tu hermosa mirada, Virgen de la Piedad.

Fueron pasando los años y ese “berrinche” infantil se me pasó:

-Porque no puedo soportar la emoción que me remueve el alma cuando te veo cada Jueves Santo tan “cuidadosamente” arreglada, con ese palio que llevas de cielo, que es un cielo de palio, paseando por Vélez.

-Y porque me fui enamorando de tu cara, suave como el terciopelo recorrida por cinco lágrimas que, parafraseando a Miguel Hernández, para mí son:

- Cinco azahares.
- Cinco diminutas ferocidades.
- Cinco jazmines resplandecientes.
- Que en esa cara de niña.
- Te hacen ser adolescente.

Me conmueven los silencios de la Semana Santa: cuando se canta una saeta, se reza o simplemente coges de la mano o abrazas con más fuerza a los seres queridos que están contigo en la calle. Observad que se produce entonces un silencio que suena en lo más profundo de los corazones. Siempre que pienso en ello, mi mente viaja en el tiempo y se transporta al Jerusalén de hace dos mil años porque allí quiero escuchar, necesito escuchar el silencio más sonoro de la historia de la humanidad: el de María, la Madre de Jesús de Nazaret. Ella siguió de cerca la pasión y muerte de su Hijo..., ningún lamento, ninguna queja, a pesar de tener atravesado el corazón por siete puñales de dolor.

Cuando regreso de ese viaje y no sé cómo me encuentro en tu capilla, ante Ti, Virgen de los Dolores, mirándote fijamente a esos hermosos ojos, y entonces caigo en la cuenta: Tú eres el más clamoroso anticipo de la Semana Santa, ya que anuncias en la noche del Martes Santo lo que va a pasar con tu Hijo.

Y es que cuando te imagino en tu trono por el Paseo Nuevo, y oigo el tintineo de las morilleras de las bambalinas al golpear las barras del palio, me suenan..., a silencio.

Sí, Virgen de los Dolores, supiste convertir los siete puñales de dolor que iban a atravesar tu corazón en siete puñales de..., silencios.

¡Cómo me gustaría ponerles palabras! He pasado semanas intentándolo, he escrito mil borradores, me he quedado dormido sobre el papel..., pero no he podido porque, simplemente esas posibles palabras eran sólo tuyas. ¡Vanidad de pregonero que querría alcanzar el cielo con la mano...!

Me queda el recurso de sustituir cada silencio tuyo por un gloria que, acompasadamente, en cada mecida, quisiera que susurrarán tus horquilleros:

-Porque has visto entrar triunfante a tu Hijo en Jerusalén, sudando más tarde gotas de sangre en el Huerto de los Olivos, y..., has guardado silencio.

-Porque lo vas a ver arrastrar la Cruz por las calles de Jerusalén, morir siendo Vigía de todos nosotros y..., guardarás silencio.

-Porque, en fin, lo tendrás de nuevo en tu regazo, lo llevarás hasta el sepulcro, seguirás callando, y lo que es más importante, tu silencio todavía retumba en los lugares más recónditos.

Y, sobre todo, gloria, porque sabes que va a resucitar y que aquel lejano: **“HAGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA”**, ya tiene sentido para la humanidad.

Ahora, ya sí, la “Dolores” de Vélez, la Madre del Martes Santo deja de llorar, y una suave sonrisa va inundando su cara mientras se aleja paseo arriba siguiendo la alfombra de cera que a sus pies han dejado sus penitentes.

Y para que la armonía del momento sea perfecta, una garganta anónima tiene el privilegio de romper ese silencio, desgranando estos versos:

Estrellas de dos en dos.
Luceros de cuatro en cuatro,
te acompañan, Virgen de los Dolores,
la noche del Martes Santo.

Hermosos son también los contrastes de nuestra Semana Mayor. Os propongo vivir de cerca uno de ellos.

Cuando el Jueves Santo ha estallado en toda su plenitud, en torno a la medianoche y hay que poner el cartel de “completo”, porque no cabe un alfiler en las calles, vamos a meternos, como decimos por aquí, en una “bulla”. Los pisotones están asegurados, pero merece la pena porque, si podemos llegar a tiempo, el momento es “muy especial”.

Lo hemos conseguido y estamos en los únicos veinte metros de “valle” que tiene La Calle de las Tiendas, entre “Las Cuatro Esquinas” y la plaza de La Virgen de la Piedad.

Me gusta estar aquí porque si vuelvo la cabeza hacia abajo, veo subir un Nazareno y si miro hacia arriba, baja otro. El que sube, viste de morado, es carmelita y sevillano. El que baja, luce túnica burdeos, es franciscano y granadino. Y el pueblo sabio, al primero le llama Rico y al segundo, Pobre: dos Nazarenos para una misma fe.

Tras el paso de los penitentes, las cabezas de los varales de Jesús el Rico sobrepasan dos de las cuatro esquinas. Alguien, asombrado me pregunta: “¿Cuándo va a dar la vuelta?” ¡Es que por ahora no la va a dar! -le digo-, porque sus horquilleros quieren acercarlo lo más posible al otro Nazareno, y en medio..., quedamos nosotros.

Veo en ese momento la esencia del mensaje del Evangelio: Él, el Hijo de Dios, fue pobre en riquezas, y rico en amor, pobre en odiar y rico en perdonar, pobre en soberbia y rico en templanza. Todo esto lo lleváis a gala las dos cofradías, que muy juntas en ese momento lo manifestáis a voz en grito: “¡Viva Jesús el Pobre!” O lo que es lo mismo “¡Viva Jesús el Rico!”

Ahora si:

-Penitentes y horquilleros del Rico, coged las velas y meted el hombro que la noche es larga y los pasos cortos.

-Penitentes y horquilleros del Pobre, empujad fuerte por una pena, por un lamento, por una saeta con aroma de incienso.

-Penitentes y horquilleros del Rico, caminad y aguantad y, porque así lo habéis querido, entre cirios y varales haced esta noche mágica.

-Penitentes y horquilleros del Pobre cargad con su Cruz en esta madrugada eterna para que pueda bendecir al pueblo que así lo espera.

¡Es el arte supremo, es simplemente..., **NUESTRA SEMANA SANTA!**

Llevo días sin escribir. Numerosos problemas personales me distraen. Por eso, os decía hace un momento que “no se escribe cuando se puede, sino cuando tu corazón quiere”.

Una noche cualquiera, el desasosiego me embarga y me desvelo. Tu imagen llena mis sentidos y entonces me digo: “Este es el momento de decirte algunas “cosillas”, Virgen de la Soledad.”

Por lo pronto ¡qué diferencia! Mi soledad es humana; la tuya, divina: no me están saliendo las cosas bien, siento que me falta el apoyo de conocidos y amigos y..., me revelo... Pero a Ti, Madre mía te falta nada menos que tu Hijo, el Hijo de Dios.

Este pensamiento me alivia, me tranquiliza, porque ¿cómo se pueden comparar ambas soledades?

Hago una pausa, respiro hondo, el silencio de la noche retumba en mis oídos y entonces me digo: “¡Que gran error!” El egoísmo personal no me ha dejado ver que:

-Soledad es la del niño abandonado.

-Soledad es la de las miles de personas que mueren en “soledad”, porque no tienen quienes les acompañen.

-Y, sobre todo, soledad es la tuya, la de la Madre del Salvador que ha visto morir a su Hijo.

Tuve que esperar algunos años para verte por las calles de Vélez, puesto que mis padres se resistían a dejarme deambular tan tarde por ese entramado de recorrido que se iba oscureciendo a tú paso.

No recuerdo la fecha pero sí el lugar: la calle de S. Francisco. Por lo pronto una interminable hilera de penitentes sin capirote me comenzó a llamar la atención; luego, al notar que las luces se iban apagando, sentí algo de miedo, y todo ello envuelto por una letanía de padrenuestros y avemarías que me encogían el corazón.

Por fin, al fondo y en la penumbra Tú, la suprema Soledad, en un pequeño trono de madera llevado sólo por doce o catorce horquilleros.

No salía de mi asombro: ni música, ni estandartes, ni enseres, ni cetros: la calle se llenaba con el sonido de un tambor ronco, Tú y, sobre todo, Tu soledad.

De nuevo el contraste: el mismo pueblo, la misma fe pero que tiene la grandeza de manifestarla de dos formas diferentes; tan válidas, tan profundas y tan sentidas una como otra.

En Vélez la grandiosidad del Jueves Santo no chirría con la sobriedad de la madrugada del Sábado de Gloria. Difícil de entender..., para otros. Para nosotros..., no, porque sabemos que en ese momento vas arrastrando junto a ti a todo un pueblo, ayudándote a encontrar a Tú Hijo

todavía muerto, pero sabiendo, que resucitaría y entonces esa oscuridad que te envuelve se iba a convertir en Luz de Salvación.

Bendita seas, Madre de la Soledad, porque esta noche plagada de problemas personales, has sabido trasmitirme que hay muchos caminos que recorrer, muchas vidas que vivir, que donde menos te lo esperas, se encuentra la esperanza de un mundo mejor.

El sueño casi me vence y entonces recuerdo una coplilla que me ayuda a retirarme a descansar:

Tú, Soledad, en mi cuarto, eres mi mejor compañera.
Estás en la noche conmigo, y amaneces a mi vera.
Si me duermo, te adormeces, me desvelo y te desvelas.
Eres la que sabe de mis sueños, eres la que mejor me aconseja.

Hoy es el día. Llevo otros muchos esperando, temiendo pero ha llegado el momento: tengo que enfrentarme a Ti después de cincuenta años.

Te recuerdo en Tú Capilla de S. Francisco. Yo era alumno del colegio de “los frailes”. Allí los días transcurrían lentos, tediosos uniformes: “Cinco por cinco veinticinco, cinco por seis treinta...., España limita al norte con el mar Cantábrico, los montes Pirineos que nos separan de Francia...la hipotenusa al cuadrado es igual al cuadrado de los catetos... ¿Eres Cristiano? Soy Cristiano por la gracia de Dios...”

Afortunadamente el repiqueteo de la esperada campanilla marcaba el inicio del ansiado recreo..., para los demás. Para mí era una zozobra, porque quería entrar en la iglesia para mirarte una vez más a los ojos. Pero no sé por qué me resistía. Aquel niño de siete u ocho años se resistía a enfrentarse a Ti.

Una tarde, cualquier tarde, mientras los compañeros jugaban en el patio, me decidí. Entré en el templo que conocía como la palma de mi mano. Con lentitud me acerqué. Tenía frío, ese frío que luego de mayor he aprendido que nos envuelve el cuerpo, cuando algo “especial” va a ocurrir.

Te observé despacio, de izquierda a derecha, hasta que tus ojos se clavaron en los míos. Segundos eternos y un silencio que llenaba mi corazón de niño. Y luego, como la lluvia suave que cae tras la tormenta, llenaste mi corazón de “HUMILDAD”.

Por fin lo descubrí: Eso era lo que me daba miedo: tus ojos caídos, tu mirada tranquila, tu rostro sereno. ¡Me negaba a aceptar lo que habían hecho contigo!

Entonces, besé tus pies, miré a mi alrededor y, como no había nadie, lloré, porque según me decían entonces, y no lo he entendido nunca: “Los hombres no lloran en público”. ¡Qué tendrá que ver la hombría con el sentimiento”!

Hoy te miro siempre que puedo a esos ojos llenos de vida en la calle “Coroná”. Si, allí me gusta verte.

Casi sin aliento me sitúo en la angosta calle Barbacana. Desde aquí el escenario es de ensueño: el arco de S. Pascual y las empinadas cuevas del barrio de La Villa hacen que se eleve la mirada, hasta toparse con la Iglesia de Sta. María. Todo está preparado. Tengo sólo cuatro metros para verte pasar, en ese trono labrado con infinitas filigranas de cariño de tus cofrades. Cuatro metros que valen un año entero de espera.

No te veo venir pero lo intuyo y, entonces, cuando te tengo en medio del arco me gritas en silencio desde tú mirada:

-Ante el odio, la injusticia, y la incomprensión..., Humildad.

Podréis decirme que son palabras, pero yo os digo que todo es posible si le miráis a la cara como aquel niño de pantalón corto y calcetines altos de hace cincuenta años; si os dejáis encandilar por el brillo de su pupila, porque Él, que pudo tenerlo todo, quiso convertirse en el ser más humilde de la tierra y hoy aquí, por derecho propio, es **“el más humilde de todos los presentes”**.

Sin duda estás pensada para la Semana Santa, calle “Enmedio”: eres estrecha, coqueta, tenuemente iluminada por la noche, lo que hace que se cree en tu recorrido un halo de misterio y permite que las sombras se difuminen por tus paredes. Además eres lo suficientemente larga e inclinada para que podamos quedarnos maravillados de, lo que es y supone, todo un cortejo procesional en Vélez.

Para allá vamos, a intentar situarnos donde mueres o naces, según se mire, a la altura de la calle de Las Tiendas.

Estamos en Viernes Santo y por la parte alta de tu asfalto, calle Enmedio, avanza una cruz guía que preside un cortejo de minúsculas estrellas, parpadeando con la suave brisa y dejando la enésima capa de cera sobre el suelo. La tensión crece por momentos porque ya comenzamos a atisbar una silueta difusa por la bruma del incienso. Por fin lo vemos: es un Crucificado. Viene malherido y agotado, retorcido en la noche, el aire le falta. Su pecho es una quilla hundida y sus ojos, unos ojos que hablan, que nos hacen sentir cuál es el “Puerto de la Salvación.”

¡Eres Tú, Cristo del Mar!, el que viniste de tierras lejanas para quedarte por siempre entre nosotros.

¡Cristo que vives en el cerro dominando tierras y mares, oye bien a este pregonero!: el grito de tu estertor postrero aún resuena en la bóveda celeste, pero esos ojos dilatados, ese pecho que se abre por el peso de tu cuerpo, no significan temor a la muerte:

No siente, Jesús las heridas,
de donde brota la sangre,
que sólo siente las penas

que atormentan a su Madre.
Por eso lanza un mensaje
a su Discípulo amado.
¡Cuidala, Juan, con amor!
el mismo que yo te he dado.
Que no le falte cariño,
que no le falten cuidados,
que es la Madre más hermosa
que Dios, a Vélez le ha dado.

La generosidad plena pasa impecablemente medida puesto que además de entregarnos tu vida, nos dejas a tu Madre, la de las Penas infinitas, como vela mayor para navegar hacia Ti.

Pero los hombres somos egoístas y todavía no has dado la vuelta de Las Cuatro Esquinas, cuando olvidamos que aun sigues llorando, Virgen de las Penas. Y yo no quiero que llores porque:

Aunque el mundo pase de largo
a la vera de tu pena.
Aunque las flores desistan
de seguir dando su aroma,
por considerarlo una afrenta.
Al ver que la Virgen llora,
yo quiero secar las lágrimas
de esa carita morena,
y estrujar luego el pañuelo
en el mar que tú contemplas.

En el mes de febrero de 1952 un desvencijado motocarro que venía de Granada, bajaba desde el “Boquete de Zafarraya” hacia Vélez. Transportaba dos imágenes encargadas a D. Domingo Sánchez Mesa para ser procesionadas en nuestro pueblo.

A poco de iniciar el descenso del puerto, comenzó a llover y hubo que cubrirlas rápidamente con unas lonas, que se llevaban preparadas “por si acaso”.

Con esta “pista” creo que queda claro que una de las imágenes era mi Virgen de las Angustias. Pero ¿cuál era la otra?

Algunos ya lo sabréis, aunque..., callad un momento, porque su nombre es tan bello que quisiera mantener por unos segundos el misterio, volver a mi infancia franciscana y jugar con vosotros a las adivinanzas:

Sé que puede tu dulzura
curar el dolor del hombre,
porque eres una criatura
que en la boca se hace almíbar

con sólo decir tu nombre.

Llevas la gracia en tu manto,
tu gozo se hace quebranto
y te siento florecer,
entre tomillo y romero,
la noche del Jueves Santo.

Basta ya de adivinanzas,
porque mi boca quiere gritar
que aquella hermosa viajera
que de Granada viniera
era..., ¡La Virgen de la Esperanza!

Me gusta la noche para escribir, porque me hace más libre: el blanco papel y yo frente a frente. A veces pasan horas y su blancura permanece inmaculada. Me asomo a la terraza y caigo en la cuenta de que la madrugada se ha adueñado de Vélez. Todos los elementos propios de este momento parecen estar presentes: silencio, tenue oscuridad, puntos de fría luz diseminados en el cielo. Hermosa, pero..., no es mi madrugada soñada. Es una flor a la que falta un pétalo y hay que buscarlo para que, al menos una vez al año, sea una madrugada perfecta.

La imaginación vuela, el papel deja de ser inmaculado porque busco ese “algo” con ansiedad y escribo un folio, dos...y todo siempre me conduce a Ella, la viajera de Granada, la Esperanza de Vélez, la Esperanza de los que buscan en la otra orilla del mar esa tierra prometida donde mana leche y miel.

Ahora ya sí, con Ella en la calle, tenemos diseñada la mejor madrugada posible, y entonces os digo:

-Que cuando aparece en medio de la noche, me gusta verla.

-Que es el momento de soñarla y caminar al paso de su sombra.

-Que quiero que no se vaya el tiempo, que no se vaya el sueño porque lo que más deseo es tenerte cerca, Madre de la Esperanza.

Sobre las 7.30 del Miércoles Santo y desde que tengo uso de razón, deambulaba inquieto por la calle Fina esperando la llamada de mi padre:”Diego Ignacio, -él siempre me llamó así-, vamos a ver salir al Huerto”. El comercio estaba abierto y mi madre se quedaba en la tienda. Lo recuerdo alto y guapo. Su mano cogida de la mía me daba seguridad.

Subíamos por la escalerilla de S. Cayetano, bordeábamos la Iglesia de S. Juan, atravesábamos la calle de S. Francisco y... a la Plaza del Mercado.

Era un recorrido silencioso, interminable para mí pues, aunque había visto preparar los tronos en el interior del templo ya que, como dije, estudiaba en el colegio de los franciscanos, mi fascinación era verlos salir por la angosta puerta de la iglesia. Poco a poco, la gente se arremolinaba en la plaza. Ya no veía nada. Y entonces él, mi padre, como si de un Cirineo se tratara, me colocaba sobre sus hombros. Ahora sí, podía ver salir al Señor de Huerto sobre aquel trono, un tanto deteriorado que, a fuerza de martillazos, cada año montaba en el interior Enrique Salomé.

Los nervios iban en aumento. Ahora eran penitentes de blanco y celeste, con sus hachetas de carburo, los que pasaban junto a mí y al momento un cielo azul me deslumbraba: era la Virgen de los Desamparados, guapa donde las haya, niña donde las haya, sencilla donde las haya.

El cortejo estaba en la calle. Pero ante mi sorpresa, mi padre me bajaba de los hombros, me volvía a coger de la mano y comenzaba a correr: “¡Vamos, vamos, esto no nos lo podemos perder!” Y era cierto porque él me llevaba a la calle de S. Francisco. Y allí, año tras año, comencé a entender lo que era la fe, la estética y la belleza de nuestra Semana Santa.

Sesenta horquilleros, creo que no habría más en aquel tiempo, empeñados en conseguir lo que parecía imposible: pasar los tronos por aquella estrecha calle.

Ya no es así pero hasta el último año he estado allí, viviendo uno de los momentos más intensos de “Mí” Semana Santa.

Permitidme, hermanos del Huerto y Desamparados que no relate nada del recorrido o encierro que hacéis con fe y dignidad franciscana. Hoy quiero recorrer con vosotros, con mi padre que me lo enseñó y con Paquito, sí Paquito Campos, cuya voz aún retumba en mis oídos, esa “enciclopedia cofrade” que era la calle de S. Francisco.

Puerta de la casa de Cervantes. Los horquilleros de los varales laterales se salen, simplemente porque no caben. Llega el Huerto. Todos los años el mismo problema: el olivo. “¡Este año no cabe!” -se oye murmurar-. Pero se quita una de las alas del ángel y el trono avanza majestuoso, acariciando las ramas del olivo los balcones de la calle, y llevándose con él muchos pétalos de las macetas de geranios que los llenan en estos días de primavera.

Ahora, el momento más esperado: el paso de la Virgen, mucho más difícil porque lleva palio.

El silencio es conmovedor. Algunos horquilleros se han colocado en los balcones ya que para poder pasar hay que quitar las “macoyas” de las barras del palio. A partir de ahí sólo se oye una voz, la de Campitos, y comienza el ritual:

“¡Despacio. Vamos con la primera (se refería a las barras del palio). Eso es, eso es. Despacio. Vamos con la segunda. Muy bien. Vamos un

poquito a la derecha. Eso es. Cuidado con la tercera. Muy despacio. Animo vamos a por la cuarta!”

Por fin el trono pasaba. Se habían recorrido escasos veinte metros pero, a los pocos privilegiados que estábamos presentes, se nos habían hecho eternos. Aplausos y abrazos. El primer obstáculo estaba salvado.

Quedaba la curva de Morales, pero con la misma parsimonia, serenidad y elegancia, Paco Campos conseguía que su Virgen, nuestra Virgen, la de los Desamparados, estuviera en unos minutos ante su casa: el Balcón de la Puerta Real de La Villa. Allí los sentimientos se desbordaban y entre vivas, música y olor a azahar se sube una y otra vez a la Señora hasta donde debe estar: en ese Camarín, que es el de todos los veleños.

-Señor de Huerto y Virgen de los Desamparados:

-Me habéis dado Luz para encontraros.

-Hicisteis que me detuviera ante vosotros.

-Siempre he sentido la caricia de vuestro amor.

-Me habéis permitido vivir un año más para contemplaros.

-Y, sobre todo, ha sido posible que durante unos minutos paseáramos juntos, de nuevo mi, Cristo Moreno, mi Virgen Niña, mi padre, mi Paquito Campos y yo. Cuando Dios quiera repetiremos ese paseo los cinco en el cielo.

Casi todos los presentes sabéis bien a qué cofradía pertenezco. Si a alguien le queda alguna duda, que observe los enseres que adornan el escenario y, para los que sois forasteros os voy a dar una pista: sale en Viernes Santo y su nombre empieza por “An”...y termina por... ”Gustias”. Eso es, muy bien..., lo habéis acertado: las Angustias.

Sin embargo, no sé como me conmueve tanto que Loli, mi mujer, cuando su corazón se siente desbordado por algún problema siempre exclama:“Virgencita de la Caridad, ayúdame”.

Hermoso y conmovedor: en su ser más profundo tiene un rinconcito en el que estás presente, Virgen franciscana de la Caridad.

Y; sin notarlo; a mí me ha ido ocurriendo lo mismo, porque durante años hemos jugado al ratón y al gato. Cuando yo estaba en el colegio de los frailes, tú estabas donde no debías, en un desván. Cuando aquellos “Niños” de la plaza de Las Indias te pusieron en el lugar que merecías, la capilla del Buen Pastor, yo andaba estudiando o trabajando fuera de Vélez. Y cuando el Viernes Santo paseabas majestuosa por las calles, yo iba unos metros detrás de ti y en la lejanía atisbaba tu manto, tu palio y el armónico cimbreo de las morilleras que adornaban sus bambalinas.

Hace algún tiempo fui a visitarte a tu casa y allí claudiqué ante tanta belleza. Observé tu perfil y no me resisto a describirlo: tu barbilla es como la playa de Torre del Mar, suave y fina; tu nariz, la leve cuesta “del Visillo”, que nos conduce a ese entrecejo dolorido donde rematan tus cejas

y pestañas, como remataban antiguas entradas de Vélez en la plaza de las Indias; tu frente, poderosa y despejada, el lugar donde podemos intuir Sta María, la Fortaleza y el Cerro. Eres, en definitiva, guapa entre las guapas, veleña entre las veleñas y señora entre las señoras.

Y tus ojos. ...Madre mía en ellos llevas tu nombre grabado:

CARIDAD. Siete letras, siete vidas por vivir:

De **cariño** desbordante
sale la primera letra que te aclama,
porque solo con mirarte
te entregas en cuerpo y alma.

Acequia de la vida
tu segunda letra se llama,
pues de Ti mana hacia nosotros
el agua que riega el alma.

Ríos de misericordia
la tercera letra avanza,
para calmar la sed
cuando la vida nos da la espalda.

Incienso que nos perfuma
expresa la letra cuarta,
impregnando con él al mundo
De perdón y esperanza.

Dad ocupa en tu nombre
dos lugares que nos llaman,
porque por dos veces entregas
lo que tienes, a quien le falta

Amor llevas a tu lado
y es la letra que nos falta.
Es el amor de tu Hijo
que tu regazo reclama

¡Qué bien suena tu nombre!
Y esas letras tan bien engarzadas
dejan estremecido a un pueblo,
ante tu imagen soberana!

Semana Santa de silencios, de contrastes, y de..., misterio. Este sería un tercer ingrediente para entender la esencia del Viernes Santo en Vélez, porque ese día:

El misterio está en el aire,
en la luz y el pensamiento,
en la voz y en el silencio.

Y, en efecto, ese misterio, esa luz y el silencio se reúnen cuando vemos pasar al Santo Sepulcro.

Estoy seguro de que si ponemos delante de su trono a un cofrade de Valladolid o Zamora, habría que darle muchas explicaciones porque no darían crédito a lo que estaban viendo sus ojos. ¿Cómo es posible, -se preguntarían- tanta magnificencia para representar el momento de la muerte de Cristo?

Primero, habría que decirles, porque somos del sur y aquí, donde han convivido durante siglos tantas culturas y religiones, le tenemos respeto a la muerte, pero no miedo. En segundo lugar, porque estamos convencidos de que “la muerte no es el final” y, por ello no hay que estar apesadumbrados. Y por último, porque para el Hijo de Dios, para el Rey de Reyes, su sepulcro tiene que ser de lujo: el más hermoso trono envuelto en oro fino, con cristales tallados, cuatro hermosos ángeles que custodian su urna y un remate de plumeros, increíblemente hechos con imperceptibles láminas de cristal que parecen deshacerse en cada mecida.

Ya entienden el porqué del misterio y la luz que envuelve a esa serena imagen, con los ojos todavía entreabiertos y que, si os fijáis bien, tiene un pequeño reguero de sangre que, viniendo de la frente, le atraviesa el parpado para morir en el pómulo, porque Cristo ya no puede sangrar más.

Desde la acera es imposible observarlo. Acudid a su capilla y vuestro corazón llorará al contemplar ese paradigma de lo que es el Cristo yacente que queremos en Vélez: sereno, tranquilo y humano, puesto que todas las heridas de la pasión están cicatrizando en espera de la ansiada resurrección.

¿Y el silencio? El silencio lo pone detrás el tambor de cola con un redoble diferente porque va anunciando que Cristo ha muerto: pon, pon, porpopon, porpopon, porpopon...y así una y otra vez. Ese inconfundible toque de duelo anuncia que es el momento del silencio y la reflexión para los cristianos, y es precisamente un sencillo toque de tambor el que marca los sonidos del silencio.

Cofrades veleños, hay que estar junto a Él para apreciarlo porque en ese momento:

Abajo, una alfombra blanca de horquilleros;
arriba una docena de cristalinos plumeros;

y en medio, en la urna de cristal que le encierra,
para mostrar al pueblo su figura
a la injusta justicia de la tierra,
dio con su muerte sepultura.

Ahora no quiero profundizar en los grandes contenidos teológicos de nuestras creencias sino en lo que los cristianos de a pie solemos llamar “religiosidad popular”, religiosidad que está metida en los corazones cofrades y que, a veces, quizás demasiadas veces, no es bien comprendida.

Lo cierto es que desde hace meses, muchos veleños y no veleños se han postrado, en el silencio y la intimidación de su capilla, ante un Cristo de tez morena, largo pelo, mirada infinita y manos injustamente atadas, para pedirle por alguien que sufre, que está enfermo o para dar gracias por un favor concedido. Ese Cristo en Vélez no puede ser otro que el Cautivo de Medinaceli, y esas gentes no pueden ser otras que sus “mandas”.

Algunos me han dicho que es pura superstición, y yo les he invitado a que hoy formen parte de esa hilera interminable de estrellas parpadeantes, con la que se cierran las procesiones del Miércoles Santo.

Este quiere ser un reconocimiento a esos cientos de personas anónimas que confían en su Cristo, que le piden una y otra vez por lo que realmente interesa, que le rezan, que van descalzas detrás de él, que se tapan la cara para ser aún más anónimas...con paciencia, sin prisa, viendo como la túnica blanca del Cristo de Medinaceli, flanqueado por cuatro inconfundibles faroles, se mueve suavemente con el viento, con la misma suavidad que lo mecen sus horquilleros.

Me paseo a lo largo de la interminable fila. Hablo con unos y otros: “Yo por mi hijo, yo por mi madre, yo vengo dando gracias, yo, yo...” Es el pronombre personal de primera persona en estado puro, es la fe en estado puro, es la religiosidad popular derramada a raudales, mientras la cera de las velas crepitan para dejar sus lágrimas sobre un cartón o sobre un trozo de papel de aluminio. “Si esto no nos rompe el corazón, es simplemente porque no lo tenemos”.

Cuando llegamos de nuevo a S. Juan, tus horquilleros te llevan al cielo de esta ciudad que es la tuya por derecho propio.

Yo espero que se haga el silencio y, poniendo en mi boca el mensaje de todas tus “mandas” te digo:

Confiaré...en ti, Cristo de Medinaceli.

Aunque me pierda en tus caminos,

aunque no encuentre mi destino,

aunque no entienda tus palabras,

aunque me queme tu mirada...,

Confiaré...

Y te seguiré y amaré

andando y sin miedo a la vez.

Siempre muy cerca de Ti, Sta. María Magdalena, “la primera manda de la historia del Cristianismo”. Ella te acompañó por la calle de la Amargura, estuvo junto a la Cruz, ayudó a llevarte al sepulcro y, sobre todo, tuvo el privilegio de anunciar a los apóstoles que habías resucitado. Eres, María Magdalena, la “Manda” perfecta, y para mí, hasta ahora, la gran desconocida de nuestra Semana Mayor.

Hace unos días te observé muy de cerca en tu capilla y, ante ese hermoso rostro, entendí que es imprescindible que acompañes al Cautivo de Vélez, al Cristo de Medinaceli la noche del Miércoles Santo porque:

Eres el bálsamo del dolor,
eres la mirada cercana,
eres la alegría ante la pena,
cuando se apagan los soles
y se encienden las velas.

Avanza la Semana Santa y entonces llega para mí uno de los muchos momentos en los que la nostalgia me arrastra, porque sin quererlo me transporto a la adolescencia: año 1964, Instituto de Bachillerato, compañeros de cursos superiores e incluso algunos universitarios y..., la eterna pregunta de este bendito pueblo: “¿Por qué no damos vida a una cofradía que gire en torno al mundo estudiantil?” Dicho y hecho.

No sé como se las ingenieron, pero lo cierto es que al año siguiente, teniendo yo quince, me veo en la calle de las Monjas, pantalón oscuro, camisa blanca, mucho frío y una beca roja sobre mi pecho, portando un estandarte que nos había prestado alguna otra cofradía.

Cuando llegamos al “Niza”, se produjo la tradicional desbandada de horquilleros y penitentes, ya que había un descanso.

Entonces me acerqué al solitario trono, por cierto también prestado, y por primera vez tuve la ocasión de contemplarte de cerca, Cristo de la Columna, porque con la velocidad que se habían producido los acontecimientos, creo que ni te conocía.

Y ¿sabes qué? Por lo pronto no me transmitiste sensación de intranquilidad. Fue una sensación de paz interior, de sosiego.

Desde abajo, la columna me pareció interminable; tu desnudo cuerpo, hermoso; tus manos, una plegaria que esperaban ser desatadas para depositarlas sobre el madero; y tu rostro..., ¿cómo decirlo? Era un compendio de bondad, dulzura, misericordia y, sobre todo, amor. Nunca había visto nada igual.

Después de preguntarle, Joaquín Lobato, me dijo que el Cristo de la Columna, el que iba a ser desde entonces el de los Estudiantes, lo había tallado D. Domingo Sánchez-Mesa.

Luego continuó el cortejo con decenas de infantiles becas rojas mecidas por la suave brisa de la noche. Fue una bocanada de alegría que quedó encajada entre los festivos paréntesis del domingo de Ramos y de Resurrección. Desde entonces a los aleluyas y hosannas del primero y a las glorias triunfantes del segundo, se les unía el “gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus” o lo que es lo mismo: “Alegrémonos pues, mientras seamos jóvenes” que se canta el Jueves Santo.

Han pasado los años, aquellos estudiantes ya nos acercamos al final de la carrera de la vida, pero afortunadamente otros muchos ocupan y ocuparán nuestro lugar. El esfuerzo mereció la pena

Pero ¿y hoy?, ¿dónde vamos a ver al Cristo de los Estudiantes?

Os propongo la escalerilla que hay delante de la puerta principal de S. Juan. Allí en un momento de silencio, tras el redoble de roncós tambores que dan sonido inconfundible a la cofradía, en un momento de indecisión de la luz porque no es ni día ni de noche, aprovecha para salir a la calle la Imagen del Cristo: es simplemente la suprema demostración de cómo puede conmover la belleza y, os digo, que hay tal serenidad concentrada en ese momento, que te permite ensimismarte en mirar ese “altar” que lentamente se nos viene encima. La oscuridad de las peanas del trono hace resaltar aún más la suave policromía del Cristo, los treinta y nueve latigazos recibidos ni han rendido tu cuerpo, ni destrozado tus espaldas, ni desencajado tu cara. Eres, Cristo de los Estudiantes, la esencia de la dignidad con mayúsculas.

Y ahora se ha creado una atmósfera que nos permite establecer un diálogo entre Tú, quien te realizó y yo:

Oye un momento escultor,
¿cómo lograste labrar
esa efigie sin dolor
que nos hace con verla rezar?

¿Te inspiró un duro pesar
o te inspiró un gran amor?
Seguro que fue sólo amor
el que te supo inspirar.

Dile, imagen, a tu autor
que su gubia granadina
supo hacer de tu sufrimiento
todo un canto a la vida.

(Adaptación poema de D. Miguel de Hoyos).

Pero no nos movamos. Algo especial está pasando porque el Mayor de tus Hermanos al trono se ha subido, con delicadeza te ha desatado, y te

lleva con cariño y humildad, aquí cerca, aquí al lado, donde tienes por derecho tu propia facultad, convertida en este caso en tu casa hermandad. Enhorabuena, cofradía de los Estudiantes.

Este pregón está llegando a su final, pero antes os quiero pedir un favor: dejadme que deje de ser ahora el pregonero para ser un simple cofrade que, como tantos, espera ansioso, ilusionado y preocupado el día de su salida, el día en que tras el primer toque de campana, el aire de Vélez roce con un suave beso a mi Virgen, la de las Angustias.

¿Dónde podemos verla? ¿Cuál sería el sitio idóneo? Me preguntaréis. Fácil respuesta: allá donde vaya este cofrade es buen sitio, porque la llevo dentro de mi corazón.

A Ella tengo el privilegio de poder hablarle de “TÚ” y lo digo porque forma parte de mi familia, puesto que desde que llegó a Vélez, allá por 1952, siempre ha estado junto a nosotros: hemos crecido juntos, hemos jugado juntos, hemos rezado juntos, hemos llorado juntos y permanecemos juntos.

Nos hemos mirado muchas veces a los ojos y me has transmitido sosiego, he cogido con miedo a tu Hijo en mis brazos y me has transmitido tranquilidad, te he subido cientos de veces a tú Capilla o a tú trono y has sido como una paloma, liviana y ligera; he oído el tintineo de las lagrimas de tus arbotantes y me han sonado a gloria, ya que me han trasplantado a una infancia y adolescencia que afortunadamente nunca me han abandonado, porque:

¿Cómo olvidar ese ambiente de familia en la casa de la calle Fina cuando llegaba la Semana Santa y el olor de la naftalina al sacar de los roperos las túnicas negras y las blancas capas de penitente, se mezclaba con los sabores del ajobacalao o de las torrijas?

¿Cómo olvidar con qué desbordante imaginación buscábamos las pocas flores necesarias para adornar el trono cuando no había recursos económicos para ello? Recuerdo que durante años esta búsqueda casi se convirtió en un rito.

Comenzaba el Jueves Santo por la noche cuando, tras el encierro de “su Virgen”, Mario, sí Mario, el de la Esperanza, se afanaba desde el trono en darnos a mi padre y hermanos los gladiolos y alhelies que podía y, nosotros, en cubos de plástico, los llevábamos corriendo, como si de un tesoro se tratase a la tienda. Luego, el Viernes por la mañana se cortaban los ramos de “chilindros” que, normalmente por estas fechas, ya habían florecido en los patios de la casa de Escaño y de la mía. Y por último, había que ir a unos árboles cercanos al Trapiche porque en estas fechas tenían una especie de flores blancas que podían servir para el relleno de las ánforas.

¿Cómo olvidar el reparto de alpargatas y bocadillos a los horquilleros, la inmensa tristeza de los Viernes Santos de lluvia, -ya que antes también llovía-, o la belleza indescriptible que suponía el ver pasar ese ascua de luz de acetileno por la calle de S. Francisco o la inmensa ternura con la que te bajábamos del trono para dejarte en tu capilla hasta el Septenario del año siguiente...?

¿Cómo olvidaros hoy, hermanos cofrades, que habéis recogido el relevo de esos sentimientos y hacéis que cada suave mecida del trono sea capaz de traer un nuevo recuerdo al corazón de este “veterano” angustioso?

Y..., papá..., cómo olvidarte a ti, que fuiste mi maestro cofrade, que me enseñaste a “sentir” la Semana Santa y, sobre todo, sin yo notarlo, aprendí de tu mano a amar, con fuerza y ternura a la vez, a esa Mujer con su Hijo muerto en brazos, a esa Virgen de perfil delicado y lágrimas cristalinas, que desprende una belleza que puede con mis sentimientos; y por eso la lloro cuando la veo y cuando no lo hago, cuando la pienso o la imagino porque Ella y tú, papá, estáis metidos en lo más hondo de mi alma; y por eso os digo, que salga como salga este pregón quisiera que os sintierais orgullosos de mí, como yo siempre he estado y estaré orgulloso de vosotros.

Lo tuviste en tu regazo cuando nació, lo tuviste en tu regazo cuando murió y, como intenté decir al principio, ahora sí quiero imaginar lo que le dirías. ¿No le susurrarías bajito una nana como ésta?:

Duérmete tesoro mío
no tengas miedo de “na”
mi pecho combate el frío
con tus manitas “helás”.

Calla que tras la colina
está la muerte acechando,
viene cargada de espinas
cruces, fatigas y clavos.

Nana para unos ojos morenos,
nana para mi estrella y mi cielo,
nana de un ángel recién “nacío”,
nana que se me ha “quedao dormío”.

Yo te doy para tres días
cobijo y calor en mi seno,
y con él puedes vencer
el frío entre los muertos.

Yo estaré siempre a tu vera.
Sueña libre Jesús mío,
a la ea...ea...ea...,
¡qué penita de mi Niño!

(Antonio Martínez Ares)

Las primeras luces del sábado de gloria nos anuncian un día que se me antoja triste: las calles están casi desiertas, el bullicio de las jornadas anteriores se ha convertido en silencio expectante, la cera derretida por la fe de todo un pueblo cubre el asfalto y hace rechinar las ruedas de los pocos coches que transitan. Algunos tronos que pocas horas antes habían sido paseados como majestuosos altares por la ciudad, ahora son llevados por cofrades cansados y con ojos incrédulos por la rapidez con la que ha ocurrido todo, hacia su eterna espera de la Nave Museo...

Pero ¿todo se ha consumado? Por supuesto que no. Ya por la tarde la gente comienza a salir, y a medianoche los templos se llenan para asistir a la Vigilia Pascual. Estamos muy cerca del momento esperado por todos y sin el cual no tendría sentido lo vivido anteriormente. Ese momento no es otro que la Resurrección de Cristo.

Oíd esto:

-El sol joven y fuerte ha vencido a la luna que se aleja impotente del campo de batalla.

-La luz vence tinieblas por campiñas lejanas.

-El aire huele a pan nuevo, el pueblo se despereza.

-¡Ha “llegao” la mañana!

Es la estrofa de un cante por bulerías, gitano y andaluz donde los haya, que no fue escrito para referirse al tema del que yo os hablo.

Me pregunto, os pregunto: “¿puede haber una forma más bella de describir, cantar y contar ese momento único de la Resurrección del Señor?” Creo que no, ya que en estos versos está todo comprimido:

El sol joven y fuerte es el Hijo de Dios que con su resurrección ha vencido y apartado a las tinieblas. La nueva Luz se va extendiendo por toda la tierra, el aire se llena del olor del cuerpo de Cristo, convertido desde ese momento en pan para quedarse entre nosotros, las gentes que quieren comer de ese pan se desperezan del letargo y, por fin, llega la mañana que no es otra cosa que **la Resurrección la Verdad y la Vida**, la nueva Vida que durante siglos esperó con ansia la humanidad.

Todo ello lo vamos ver el domingo por las calles cuando Cristo, triunfante, poderoso y, ¡por qué no, altanero!, sale de la Iglesia de S. Juan: Con su mano izquierda nos señala a nosotros y nos llama a recorrer el

camino que nos indica su mano derecha y su potente mirada, y ese camino no es otro que el camino del Padre, en definitiva, el camino de la Salvación.

Entonces Vélez levanta sus ojos al cielo. Nuestra mirada traspasa el aire claro y limpio. ¿Quién dijo que no puede pintarse el aire? Aquí el aire se coge con las manos, las miradas se dirigen hacia Él en un camino a las alturas. Y entonces ocurre el milagro: el claro, limpio y puro aire de nuestro pueblo tiembla, vibra y se ondula con los jirones de luz que lo traspasan al paso de Cristo Resucitado.

Ahora sí está todo consumado, pero aunque horquilleros y penitentes guarden sus túnicas y capirotos, los albaceas empaqueten faroles y estandartes, el olor a incienso y algodón dulce desaparezcan de las calles, los pregones antiguos como era aquel de: “¡A veinte la peseta oiga, a veinte la peseta!” -refiriéndose a las peladillas- o el más nuevo de “¡Llevo almendras!” dejen de oírse..., los corazones veleños van a seguir pensando en su Semana Santa, en Internet podremos ver la cuenta atrás medida hasta los segundos que faltan para la que viene, los corrillos cofrades florecerán como el azahar en primavera en cualquier rincón..., y es que, amigos, en Vélez vivimos por y para la Semana Santa, y por ello quiero terminar diciendo:

Gracias a los que habéis hecho posible que este viejo cofrade haya podido ver cumplido su sueño más anhelado: pregonar nuestra Semana Santa.

Gracias, mamá, sabes que te quiero de corazón, gracias a todas las madres de los cofrades veleños porque nos habéis parido en esta hermosa tierra de María Santísima, y así tener el privilegio de gozar con la Semana Santa más apasionante, de la forma más apasionada que nos permite los cinco sentidos. ¡Apasionante y apasionada. Ésta es mi Semana Santa, ésta es nuestra Semana Santa! Por favor, que nada ni nadie nos aparte de ella.

HE DICHO